

27 de enero de 2022, jueves, 3ª semana del tiempo ordinario

2Sam 7:18-19, 24-29; Mc 4:21-25

Homilía

La primera lectura de la misa de esta semana en el leccionario ferial es del segundo libro de Samuel. Hace unos días se contó la historia de David, que, en su generosidad, quiso construir una casa para Dios, considerando que la Tienda que el pueblo de Israel había llevado al desierto durante su éxodo no era digna de Dios. En la lectura que hubiéramos leído ayer, si no hubiéramos tenido la celebración de los Fundadores de Cîteaux, y si hubiéramos utilizado el leccionario ferial, Dios envió al profeta Natán para decirle a David que no necesitaba una casa. Es ÉL, Dios, quien construirá a David una casa.

En esta hermosa profecía, Dios le recordó a David que todo lo que tiene y todo lo que es, es un regalo gratuito de Dios. Fue Dios quien sacó al joven David de los pastos y lo convirtió en rey. Todas sus victorias han sido victorias de Dios. El texto de hoy es una hermosa oración de David a Dios. Con mucha humildad, reconoce que lo ha recibido todo de Dios. Y no sólo habla en su nombre, sino en el de todo el pueblo de Israel, al que Dios ha hecho su hogar.

Este texto nos ayuda a comprender el Evangelio que acabamos de leer. Jesús quiere que sus discípulos sean la lámpara del mundo. Esta es nuestra vocación. Y una lámpara, dice Jesús, no se trae para ponerla debajo de un celemín o debajo de una cama, sino para ponerla en un candelero.

Seríamos tontos si encontráramos en esto un motivo de orgullo. La luz que estamos llamados a mostrar al mundo con nuestra vida cristiana y monástica no es la nuestra. Es la propia luz de Dios. Él es la Luz del mundo. Nuestro privilegio es servir para transmitir esa luz. Somos instrumentos en las manos de Dios.

Seamos instrumentos humildes y obedientes.